

BIBLIOTECA
Los Grandes Filos

OB

La Novela Semanal Cinematográfica



El puente de
San Luis Rey

POR
Lily Damita
Don Alvarado

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



El puente de San Luis Rey

Adaptación de la célebre novela de
Thornton Wilder

Intérpretes:

Lily Damita, Raquel Torres, Ernest
Torrence, Don Alvarado, Duncan
Renaldo, Henry Walthall, etc.



Producción
METRO - GOLDWYN - MAYER

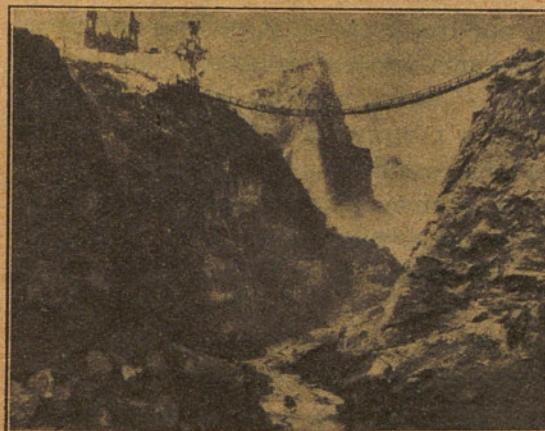
Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER
Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Las cinco personas que se hallaban en él cayeron para siempre en la pavorosa profundidad.



El puente de San Luis Rey

Argumento de la película

Construido siglos atrás por los incas, el puente de San Luis Rey había sido bendecido por el propio San Luis y se hallaba bajo la protección sagrada de la catedral de Santa Rosa de Lima, formando parte de una vieja carretera real del Perú.

Se hubiera dicho una obra llamada a no desaparecer jamás, tan sólida y fuerte parecía.

Pero un día, en ocasión en que pasaban por él cinco personas, el armazón del puente cedió, la barandilla tambaleóse unos momentos y acabó por desplomarse con ruido trágico al fondo del abismo.

... una obra llamada a no desaparecer jamás...

La noticia del accidente se extendió como un reguero de pólvora por todo Lima, llevando el desasosiego y la inquietud a muchas almas.

—¡Se ha caído el puente de San Luis! —¡Que Dios nos proteja!—exclamaban las gentes con cierto terror sobrenatural.

—En el momento de hundirse lo atravesaban cinco personas. ¡Las he visto precipitarse como piedras!

—¡Es un aviso del cielo!... ¡Un castigo por nuestros pecados! ¡Que Dios nos asista!

Durante varios días no se habló de otra cosa. Y al fin, aquella dolorosa multitud corrió a postrarse a los pies de un sacerdote, deseosa de que la ciencia sagrada del Padre Junípero le aclarase lo que consideraban una advertencia de Dios.

Era el padre Junípero uno de los más virtuosos frailes de Lima. También él había presenciado el inexplicable hundimiento. Y ahora, ante la puerta de la catedral, con un gran gesto de paz, quería tranquilizar todos los espíritus.

—Padre, la población sigue loca de terror. Se dice que un torrente de lava hirviante va a arrasar la ciudad—le dijo un hombre del pueblo.

—¿Cómo es posible, hijo mío, que en pleno año 1714 seas todavía supersticioso?

—Padre Junípero, desde hace muchos años el puente ha sido el símbolo del poder divino... Entonces, ¿por qué Dios ha elegido precisamente a esos cinco desdichados

que lo atravesaban?... ¿Por qué ha descargado sobre ellos el peso de su ira?

—Hijo mío, la sabiduría del Altísimo es infalible—le contestó, amorosamente—. Si levantásemos el velo del pasado, hallaríamos tal vez la causa de por qué Dios los ha elegido. Y entonces conoceríamos la pureza de los actos del Señor.

Mas como la muchedumbre no se calmara, el padre Junípero entró en la catedral, seguido de una gran invasión de fieles, que en pocos segundos llenaron las amplias y hermosas naves del templo.

El fraile subió al púlpito y desde allí, extendiendo su mirada majestuosa y enérgica, comenzó a hablar a los creyentes:

—¡Hombres de poca fe! ¿Quién se atreverá a dudar de la justicia divina? Habéis preguntado por qué... ¿Por qué esos cinco infortunados han perecido en la catástrofe?

Había un silencio imponente... Ni un movimiento, ni un rumor. Sólo una leve brisa hacía mover las llamas de los cirios.

El fraile prosiguió con aquella entonación de hombre iluminado por la luz de Dios:

—Los hombres sin conciencia de la fe

se hacen esta pregunta: ¿Vivimos y morimos sujetos a la casualidad o a merced de una Voluntad Suprema?... La respuesta ya ce tras el velo del pasado. Pero volvamos la vista atrás. Examinemos los hechos para sacar legítimas consecuencias. Hagamos un poco de historia. Queridos hermanos, escuchadme... Nos hallamos en el suntuoso jardín de la marquesa de Montemayor ..

Y comenzó su narración.

* * *

La marquesa era mujer de unos cincuenta años, de existencia áspera y gris, pocas veces iluminada por una sonrisa de felicidad.

En su vida árida sólo predominaba una pasión: su amor tiránico por su hija. Para todo el mundo era egoísta, triste y, además, una dolencia crónica le hacía estar siempre dé mal humor.

Unicamente Clara, la hija, muchacha de veinte abriles, era la niña de sus ojos, gracias a la cual la vida de la marquesa no acababa de ser pesimista.

Había sido la marquesa de Montemayor muy desgraciada en su matrimonio. Su marido era un perfecto perdido que le dió un disgusto diario mientras vivió. Y en esa hija de sus entrañas había concentrado la marquesa todas las ansias de un alma que quiso amar y no encontró adecuada correspondencia.

Una tarde, la marquesa, que paseaba melancólica por el jardín de su palacio, descubrió a Clara abrazándose con un joven caballero español. Era éste el novio elegido por el corazón juvenil de Clara, aunque contra la voluntad de la madre.

—¡Clara! —exclamó la marquesa en un arranque de vigorosa indignación.

—¡Mamá!

—¡Ven aquí!

La muchacha estrechó con gentil ademán la mano de su novio y corrió al encuentro de la adusta marquesa.

—¿Quéquieres?

—¿No te avergüenzas de tu conducta? En brazos de un hombre... tú... ¡una doncella!

—¿Es acaso vergonzoso el besar al hombre con quien voy a casarme en breve?

—Tú no puedes casarte con ese hombre

—protestó airada—. El debe regresar a España y entonces yo quedaría irremisiblemente sola.

Amando locamente a su hija, deseaba que ella no se separara de su lado. No se daba cuenta de que el pájaro, apenas le apuntan las alas, vuela de su nido y que los hijos, cuando son mayores, abandonan el materno hogar para ir a formar nuevas y venturoosas familias. Es una ley trágica e inexorable. “Abandonarás a tu padre y a tu madre y formarás con tu marido un solo ser”, dijo Jesús.

La marquesa no sabía resignarse a la implacable ley... ¿Es que no le bastaba a Clara el amor materno? ¿Por qué, por qué la tierna jovencita había puesto sus ojos en un caballero al que amaba con la fuerza vibrante del más grande afecto de la vida?

—¡No te vayas!—le dijo la marquesa. Quédate a mi lado. Mi vejez será desoladora sin ti.

—No puedo, mamá. Le amo—respondió Clara, dispuesta a defender su amor contra todos los obstáculos.

—Eres una egoísta sin corazón! Te he

consagrado toda mi vida y ahora quieres abandonarme.

—Madre, ¿no sería acaso el egoísmo suyo? Usted pretende que sacrifique mi felicidad por su exclusivo cariño.

Fueron inútiles los ruegos de la marquesa. Y para que Clara no sufriera, para que no pudiera decir nunca que la había privado de su felicidad, la madre, con todo el dolor de su corazón, consintió en aquella boda.

Se celebró semanas después con pompa soberana... Para la marquesa de Montemayor tuvo la melancolía de unas exequias... Lloró durante toda la ceremonia, lloró durante el banquete, lloró cuando, al atardecer, Clara y su marido subieron a la carroza que debía alejarles de Lima para embarcarse hacia el solar español.

—¡Clara, hija de mi alma, cada correo te llevará una carta mía!

—Tampoco dejaré de escribirte, mamá.

Se abrazaron largamente. Clara, con la inquietud febril de las próximas horas de amor que le aguardaban; la madre, con el abatimiento del que le roban el tesoro más amado.

La carroza partió de Lima, y Clara, a medida que ganaba camino, iba acordándose menos de su madre... Una vida nueva se brindaba a su juventud, una vida más de-



Se celebró semanas después...

liciosa y agradable que su pasado. En lo futuro, se debería exclusivamente a su marido, no teniendo para su madre más que un recuerdo en segundo lugar.

La marquesa de Montemayor regresó aquel día a su vetusto caserón más enveje-

cida que nunca. Parecía que de repente le hubiesen quitado gran parte de su existencia... Y entrando en su cuarto, se arrodilló en un reclinatorio y oró, oró tristemente ante una imagen de Santa Rosa, pidiendo consuelo a la amarga soledad.

* * *

Lejos del mundo, en el silencio augusto de las montañas, otra clase de amor iluminaba la vida de las hermanas de Santa María Rosa de las Rosas.

Era el amor a Dios, el amor a todas las maravillas del cielo, a la existencia pura y espiritual.

Entre las monjas estaba Pepita, una morena de preciosos ojos negros, novicia de la orden y pronta para profesar.

Cierto día, la madre superiora llamó a Pepita a su habitación y le dijo, hablándola dulcemente:

—Pepita, ¿has oído hablar de la marquesa de Montemayor, cuya hija se fué a España?

—Tengo vagas noticias...

—Esa virtuosa dama se halla muy sola y ha solicitado que una de nosotras vaya a vivir con ella. He decidido mandarte a ti.

Los negros ojos de Pepita parpadearon con una luz triste.

—¡Por favor, no me mande al siglo, Reverenda Madre!... ¡Tengo miedo del mundo!

—Tengo confianza en ti, Pepita. Pronto profesarás y nada puede tentarte.

Como la obediencia era uno de los votos solemnes de la orden, Pepita tuvo que encerrar en su corazón sus protestas y resignarse a volver al mundo.

La marquesa de Montemayor fué al convento a buscarla. Deseaba una muchacha seria y honrada que fuera su dama de compañía y Pepita le pareció de perlas para ese objeto.

Subió con ella a un carruaje y regresó a Lima, sin dirigir apenas la palabra a aquella esclava del Señor.

Pepita la miraba de reojo, y el rostro adusto de la marquesa le pareció mucho menos simpático que el de la madre superiora, monja riente y optimista que espar-

cía a su alrededor el benéfico don de la alegría pura.

Amado convento de las Rosas, ¡adiós! En lo sucesivo, la compañía de la marquesa, el vetusto palacio, la melancólica soledad. Pero Pepita se disponía a formar con todo ello un ramillete de sacrificios para depositarlo a los pies de Dios, a quien tan grato le son esas dulces renunciaciones de la voluntad.

Al pasar por la plaza de Lima la marquesa ordenó al cochero detuviera el carruaje. Con su abanico señaló a unos hombres que estaban escribiendo ante un portal y les llamó con su voz recia y agresiva.

Eran aquellos jóvenes dos hermanos gemelos, escribientes públicos que iban almacenando con su oficio los secretos de toda la capital.

Los dos escribientes estaban redactando sendas cartas que les dictaban sus clientes, pero al ser llamados por la marquesa abandonaron su tarea, dirigiéndose rápidamente al encuentro de la dama.

—Manuel o Esteban, necesito que uno cualquiera de los dos vengáis a menudo a mi palacio—dijo la marquesa.

—¿Por qué, señora?

—Mis ojos están fatigados y mi pulso tiembla. Es necesario que una mano más joven escriba las cartas para mi hija, que reside en España.

—Uno de nosotros pasará a veros.

—No tardéis demasiado.

Mientras hablaban, Pepita, desde el fondo del coche, había estado observando a los escribientes, fijándose de modo especial en Esteban, cuya arrogancia juvenil por un instante la cautivó... Pero, acordándose repentinamente de que su alma y su vida estaban dedicadas a Dios, cerró los ojos apartando de su mente aquellos pensamientos profanos.

Esteban no se había fijado siquiera en la mujercita de los ojos negros...

A una orden de la marquesa, el carroaje reemprendió su marcha y los dos muchachos se miraron y estallaron, al fin, en una sonora carcajada. ¡Bonita comisión les acababa de dar aquella anciana!

—Manuel, ve tú y tendrás el placer de contemplar de cerca la belleza de la marquesa.

—De ninguna manera, Esteban. No pue-

do permitirte este sacrificio... ¡Irás tú mismo!

Después de larga discusión, acordaron que Esteban fuera el elegido para ocupar el cargo de secretario de la dama, cuya severidad y mal humor eran proverbiales en la ciudad.

Manuel se alegró infinitamente de dar a su hermano "el encarguito". ¡Si hubiese sido, en cambio, una chica guapa la que necesitara un secretario!

Los clientes se impacientaron, protestando de que no les atendiesen con rapidez.

Volvieron los hermanos a su trabajo. Manuel acabó la carta que un caballero gordínflón, ya entrado en años, le dictaba:

Rosita adorada, ¿por qué no me escribes?... Este amor que te tengo me está dejando en los huesos.

Y aun escribió más párrafos de ese jaez vibrantes súplicas a un amor no correspondido.

Por su parte, Esteban tenía que cargarse de paciencia escribiendo lo que le indicaba una señora presumida, flacucha, con un otoño ya muy cercano a la despiadada estación invernal.

Ramón de mi corazón: Amo en ti al caballero más cumplido de Lima. Esta noche, a las doce, te aguardaré, y espero que no faltes a la cita.

Tuya de corazón,

Eugenia.

Cuando se alejaron aquellos parroquianos que gastaban su dinero en la redacción de cartas de amor, los dos hermanos comentaron aquella correspondencia grotesca.

—Quisiera ver la cara que pondrá ese Ramón cuando vea a doña Eugenia—dijo Esteban.

—Ay, Esteban! ¡Cuántas más cartas escribo más soy gracias al Señor por tenemos libres de estas tribulaciones amorosas!

—No las tendremos jamás, hermano. Nuestro oficio nos permite escarméntar en cabeza ajena.

Y como ya anocheciese y hubiese acabado la clientela, levantaron sus puestos para dirigirse a la modesta casita en que vivían desde que quedaron huérfanos.

Eran un modelo de hermanos, de almas sencillas, bondadosas... Se querían con una idolatría, con una fraternidad que jamás conoció la divergencia ni la desunión.

Y teniendo ya unos veinte años, tampoco el amor había entrado por su puerta para llenar sus vidas de un hálito perfumado.

* * *

En un extremo de la ciudad vivía cierta artista recién llegada a Lima.

Se llamaba Camila Villegas y era conocida por “La Perricholi”.

Su belleza, maravillosa, soberbia. Pero su alma no armonizaba con ese hermoso exterior. Mujer viciosa, refinada, no reparaba en medios para enriquecerse, vivir con lujo. Temperamento ardiente, tenía un pasado tempestuoso, en el que figuraban nutridas listas de amantes.

El tío Pío, maestro de Camila, era considerado por unos como su amante y por otros como su padre. En realidad, se trataba de lo primero. Era el suyo el caso del hombre viejo, sin amores durante toda su vida, necesitado de cariño, y que de pronto encuentra una mujer que graciosamente se lo ofrece.

Camila le había conocido en España. El

la dió lecciones de baile, cursos de danza rítmica. Y Camila, como agradecimiento, le ofreció sus labios en flor...

Le fué fiel una temporada. Luego ella le engañó un día con uno; otro día con otro. Y el viejo Pío, que la adoraba con idolatría, acabó por tolerar sus desdenes, sus infidelidades, y su amor de amante se transformó en cierto cariño paternal.

Iba con ella a todos lados y recorrió en su compañía varias naciones americanas hasta llegar ahora a la capital del Perú... Ya no suplicaba amores; se conformaba únicamente con que ella le tratase con ternura filial.

Camila tenía un hijo: el pequeño Jaime, que vivía con ella, aunque completamente olvidado de su madre.

El tío Pío era quien cuidaba del pequeñín, fruto de alguno de los borrascosos amores de la bailarina.

Dominada por sus ansias de triunfo, de placer, de riqueza, no se preocupaba de su hijo... Y a no ser por Pío, la infancia del niño hubiera sido dolorosa.

Una mañana, "La Perricholi" ensayaba

las danzas que por la tarde debía bailar en el principal coliseo de Lima.

Pío la animaba y corregía sus pequeños defectos, y ella se movía, blanca y alada, con el largo y hermoso cabello rubio extendido sobre la espalda suave.

Fatigada, acabó por caerse y Pío le dijo, riendo:

—Si haces eso esta noche, te hundes de un modo definitivo.

—Ahora que me doy cuenta... claro que me he caído... ¡Si me tienes seis horas bailando!

—¿Por qué no te esmeras? Cualquiera lo haría mejor que tú, sin tantos ensayos.

—Bueno... entonces... vamos a ver cómo lo haces tú.

—¡Mírame!

Y Pío bailó con suma facilidad, demostrando que en su juventud había sido uno de los más castizos danzadores de la tierra.

Ella aplaudió, entusiasmada, y le llenó de besos... Pío la tomó en brazos y, riendo, la llevó hasta Jaime, que les contemplaba con los ojos inmensamente abiertos de la eterna curiosidad infantil.

— ¡Mi hijo! ¡Niñito mío!

Y aquella frívola mujer, en uno de sus frecuentes arrebatos pasionales, besó ahora locamente al pequeñín, hasta que, de pronto, volvió a dejarlo en la camita y otra vez bailó y bailó, haciendo sonar entre sus manos de hada, la soberbia melodía de los crótalos.

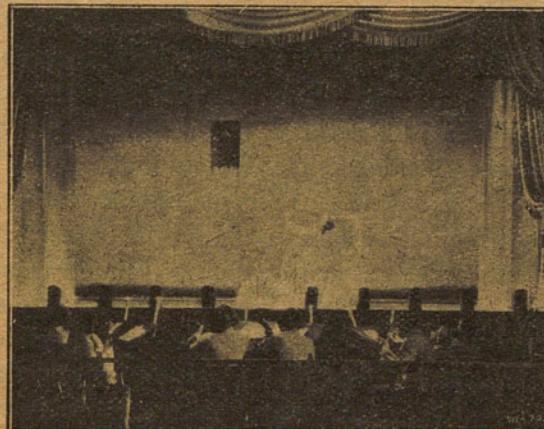
El debut fué triunfal. El público, compuesto por lo más selecto de la sociedad de Lima, se cansó de aplaudir, pues todo acompañaba a la mujer aquella: el arte y la belleza, hermanados para formar un ser de pupilas misteriosas y fatalmente atractivas como mezcladas de imán.

* * *

Unos cuantos meses más y Camila "La Perricholi" había conquistado a toda la población de Lima.

Cierta noche estuvo a ver una de sus actuaciones el duque de Peñalora, una de las más altas autoridades del Perú... Y el duque quedó tan rendidamente prendado de sus encantos, de sus ojos de llama, de su

cuadro breve y sinuoso, que, cogiendo las flores que la duquesa, su esposa, tenía sobre la barandilla, las echó garbosamente al escenario.



El debut fué triunfal.

La duquesa, avezada a las traiciones de su cónyuge, bajó los ojos tristeza mientas su marido no se recataba de sonreír a la danzaria.

Noche tras noche, perdido en el anónimo de la galería alta, Manuel, el escribiente

público, contemplaba a la inquietante artista adorándola en silencio.

Nunca pudo creer que el amor, la pasión, entrasen así, tan de repente, en el alma. Pero aquel muchacho ingenuo de veinte años, desde el día en que cometió la debilidad de ir al teatro a verla actuar, se había enamorado perdidamente de ella con una de esas pasiones exclusivistas y románticas que a menudo conducen al infortunio.

¡Sí, la quería!... La contemplaba ardorosamente, viéndola moverse, bailar, girar armoniosamente como una vestal, como un hada. Y la orgullosa Camila, la que sonreía a los palcos mostrando la hilera preciosa de sus dientes de luz, jamás dirigía una mirada a lo alto, a los humildes de la entrada general, donde un muchacho enloquecía por ella...

Ocultó Manuel a su hermano aquella pasión; pero a Esteban acabó por extrañarle las continuas salidas de noche y averiguó al fin adónde iba.

—¡Cuidado, Manuel! Esas mujeres son demasiado peligrosas. Platos para la gente rica...

Manuel aseguró que iba exclusivamente

a verla por su arte, pero la pasión que ponía en sus palabras denotaba que era otra clase de sentimiento el que con sus cuerdas de fuego le estaba atenazando el corazón.

El tío Pío asistía satisfechísimo a los continuos éxitos de Camila, pues se agotaban cada noche las localidades.

—¿Qué te parece? ¿No estás orgulloso de mí?—le dijo ella un día al finalizar su actuación.

—Bien se nota el maestro que has tenido.

Se interrumpieron al ver aparecer en el camarín nada menos que la respetable figura del duque de Peñarola.

Deshiciérone en reverencias zalameras, conmovidos ante aquel honor que el duque tributaba a Camila yéndola a ver personalmente.

El duque besó largamente la mano de lirio de la artista y le dijo sonriente:

—Ha conquistado usted con su arte a todos los limeños. Yo mismo no deseo otra cosa que llamarme su amigo.

—¡Nunca pude aspirar a tanto!—contestó ella, sintiendo la egoísta alegría de ser querida por hombre tan poderoso que podría satisfacer todas sus ansias de ambición.

—¿Me honrará usted cenando esta noche conmigo en mi palacio? —le preguntó, dándole una significativa mirada.



--Bien se nota el maestro que has tenido.

Pío, que se había retirado a un rincón, hizo a Camila signos negativos. ¡No, no!

Pero ella, midiéndole con unos ojos desóticos, respondió:

—No faltaré, señor duque.

—Dentro de media hora vendrá mi carroza a buscarla. Yo la esperaré en palacio.

Volvió a besarle la mano y salió, mirando con extrañeza al viejo. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí? ¿Era realmente su padre o lo que decían algunas malas lenguas?

Cuando hubo salido, Camila dijo a Pío:

—¿Por qué me decías que no aceptase? ¿No es ése el hombre más poderoso del Perú?

—Sí... y el más peligroso también. Puede arruinar tu carrera el día que le desagrades.

—No pierdas el tiempo hablando... y vístete... Estoy decidida a ir.

Vistióse su mejor traje, perfumóse discretamente y salió poco después, mientras Pío regresaba melancólico a su casa, donde dormía Jaime, bien ignorante de que su madre fuera tan perversa...

El duque ofreció a la hermosa una ópera para cena. La duquesa, eterna víctima, se había retirado a sus habitaciones.

Tras los exquisitos manjares, el duque, arrebatado por la belleza tentadora de aquella mujer, le ofreció una preciosa alhaja... Y ella correspondió con besos, con besos repetidos hasta el amanecer...

Toda la población de Lima comentaba con compasión el estado de ruina moral en



... arrebatado por la belleza tentadora...

que la separación de su hija había sumido a la marquesa de Montemayor.

Era ya como un cadáver viviente. La mayor parte de los días ni siquiera se levantaba del lecho.

El recuerdo de su Clara, que era feliz lejos de ella, la atormentaba...

Pepita, convertida en su ama de compañía, se daba cuenta de los estragos que el dolor hacía en aquella mujer cada vez más apergaminada y triste.

Desde su lecho, dictaba un día la marquesa una carta a Esteban, que con frecuencia tenía que visitar aquella casa para escribir los asuntos de la noble señora.

Desde su rincón, Pepita lanzaba rápidas ojeadas a Esteban, de quien se había enamorado, a pesar de sus anhelos de una vida religiosa.

—¿Estás a punto, Esteban? —le dijo la marquesa.

—Cuando queráis, señora.

—Allá va: “Nunca me escribes, hija mía. No tengo noticias tuyas... ¿Será posible que no comprendas todo lo que una hija representa para una madre?”

Se interrumpió. Al cabo de unos momentos, preguntó:

—¿Lo has escrito ya?

—Sí, señora.

—Continúa: “Durante la última fiesta, dos mujeres cayeron de un balcón, pero

Dios tuvo la bondad de hacerlas caer sobre doña Mercedes, que es muy gorda."

Y de esta manera fué contando cosas de la vecindad, detalles que creía podían interesar, ¡ay!, a la muchacha.

Antes de acabar la carta, volvió a decir con monótona insistencia:

—Pon lo siguiente: "¡Estoy tan sola y tan triste, hija mía! ¿Qué consuelo me queda ahora?"

—Está ya, señora.

—Voy a firmar.

Con mano torpe trazó su nombre y la rúbrica, rogando luego a Esteban echase la carta al correo.

Obedeció el escribiente, deseando hallarse ya cuanto antes fuera del ambiente triste de aquella casa... Poco observador, no veía que los ojos de Pepita le asaltaban de continuo, pues la dulce muchacha, flor aromada por todas las virtudes del convento, se sentía, bien contra su voluntad, cada vez más prendada de él.

¡Ah, a solas en su cuarto, se acusaba ella de aquel amor profano que había nacido en su corazón!... ¡No, no!... Ella se debía

a la Iglesia, al Señor, al convento de monjas. Pero algo más fuerte que sus primeros sentimientos volvía a importunarla con el recuerdo de Esteban.

Entretanto, lejos de allí, en la otra parte de la ciudad, Camila "La Perricholi" se hallaba en su casa, saboreando tranquilamente los grandes triunfos que obtenía en la ciudad. Triunfos de toda clase, artísticos y amorosos...

Pródiga en amor, sabía contentar a los que le gustaban. No sólo el duque de Peñalora era el favorecido con sus gracias. Estaban también otras personas, entre ellas Ramírez, un torero de moda que cuando entraba a matar en la plaza, Camila eloquía por él.

Transigiendo con aquella conducta, Pío no era ya más que un simple criado de confianza que se encargaba de Jaimito, cuidándolo y supliendo con su ternura la que le faltaba de la madre.

Y, lleno de bondad, contaba cuentos, historias graciosas al pequeñín, mientras Camila, tumbada en su cama, iba soñando en nuevas y peligrosas conquistas.

Llamaron a la puerta con timidez. A una

orden de Camila, Pío dejó al niño y fué a abrir.

Apareció un joven de aire encogido e insignificante.

—¿Qué quiere?

—Soy Manuel, el escribiente público. “La Perricholi” me ha mandado llamar.

—Pase... pase...

La bella artista saltó del lecho, apareciendo radiante y esplendorosa ante Manuel, al que horas antes había enviado a buscar para que le escribiese una carta.

Manuel, el oculto enamorado de aquella inaccesible beledad, tembló de gozo y de miedo al recibir la noticia. Vería a la mujer que le atormentaba la vida desde hacía varios meses. Hablaría con ella, sentiría acaso, para él sólo, la dulzura de aquella mirada ardorosa...

Avanzó ahora lentamente hasta que Pío le indicó que tomase asiento.

—Prepara pluma y papel... y escribe lo que voy a decirte—le indicó ella, mirándole con indiferencia.

Con las manos temblorosas, Manuel preparó recado de escribir y permaneció atento a las órdenes de la bailarina.

—¿Estás ya listo?

—Sí, señora?

—Pues escribe: “Ramírez, amor mío: El viejo duque está furioso. Por lo que más



—¿Estás ya listo?

quieras, no vuelvas a brindarme otro toro...”

Se interrumpió sorprendida, al ver que Manuel, con la pluma sobre el papel, permanecía inmóvil, como en éxtasis, sin trazar un renglón.

—¿Qué significa eso?—le preguntó, extrañada—. No has escrito una sola línea.

¡Ah, no podía, no podía escribir aquella carta, que hablaba de una conducta perversa y equívoca! Porque él amaba con toda su alma a aquella criatura y la hubiera deseado suya, únicamente suya!

—¿Quieres decirme por qué no escribes? —insistió ella.

Pero llamaron a la puerta con dos golpecitos solemnes y “La Perricholi” dió un grito de espanto.

—¡El!... ¡El duque!... Pío, esconde a Manuel... pronto, que no sepa nada.

Atolondrado, Manuel se dejó conducir a una pequeña habitación contigua, que Pío cerró con llave.

Camila se echó de nuevo en la cama, simulando un profundo sueño... Pío, lentamente, se dirigió a abrir.

No se había equivocado la artista. Era el propio duque de Peñalora, que entró gravemente, preguntando por Camila.

—La pobrecita está muy fatigada y duerme como un angelito—dijo Pío.

—Hay que despertarla.

Camila abrió los ojos, desperezóse lentamente, pareciendo que despertaba realmente... Al ver al duque que la miraba con

frialidad, se irguió y corrió hacia él, dándole un intenso beso en la boca.

—¡Amor mío!...

Pío marchó a un rincón con el pequeño Jaime.

El duque rechazó los brazos de su amiga.

—Eres muy lista, pero no lo bastante para engañarme a mí.

—¿Qué quieres decir? ¿Te han llenado ya la cabeza de mentiras contra tu mujercita?

—Lee... y lo sabrás.

Paseó ella su mirada por un manuscrito que decía así:

Su Excelencia debería estar informado de que muchos de los regalos que le hace a Camila “La Perricholi” van a parar a manos del torero Ramírez, tan famoso por sus galantes aventuras.

UNA AMIGA

—¿Qué te parece eso?

—Pues que hay muchas mujeres en Lima que te adoran y que seguramente están celosas.

—Eso es natural... pero no prueba tu inocencia—contestó el duque, engréido por sus éxitos amorosos.

—Si esa mujer dice la verdad, ¿por qué esconde en el anónimo? ¿No comprendes,



—Eres muy lista pero no lo bastante para engañarme a mí.

duque? Se trata de una impostura, a la que no hay que hacer el menor caso.

El duque sonrió y, después de permanecer unos momentos con ella, marchó fría-

mente, con la actitud del hombre que no está seguro de la fidelidad de su amiga.

Bien sabía a qué atenerse respecto a la constancia de cierta clase de mujeres; pero lo que no quería era hallarse en ridículo.

Después de haber salido, el viejo Pío reprimió a Camila.

—He hecho todos los sacrificios necesarios para que triunfaras y vas a conseguir que nos expulsen del Perú.

—No des importancia a ello. El duque me quiere y añoraría mi ausencia. Pero .. corre a abrir al escribiente. Nos habíamos olvidado de él.

Salió Manuel, más triste y abatido que nunca. Había estado oyendo las palabras del duque y comprendía la depravación, la vida aventurera de aquella mujer, en la que él, infeliz, que jamás tuvo la alegría de un consuelo femenino, había puesto los ojos. Pero, aun dándose cuenta de la maldad de la artista, la quería, la deseaba con el hambre insaciable del que nunca conoció amor.

—Escribe, Manuel — le dijo ella, sin acordarse ya de la extraña negativa de la otra vez—. “El viejo sospecha. Se muy preavido.”

Vaciló el joven enamorado, pero le faltó valor para protestar y escribió lo que le dictaban ahora, junto con lo que recordaba le había dicho ella antes.

Camila cogió el papel y firmó con una rúbrica elegante.

—Bien, Manuel. Tienes una letra muy bonita.

—Gracias, señorita.

—Ahora me harás un favor, Manuel—le dijo, entregándole unas monedas—. Llévala esta carta a Ramírez y júrame que nadie sabrá una palabra.

Manuel se estremeció. Sus manos apretaron aquel papel en que Camila había vaciado algo de la maldad de su alma. No, no; él no quería intervenir en aquellos sucios negocios.

—No puedo, señora! —dijo tímidamente.

—¿Por qué no puedes? Es cuestión de un instante. No te niegues a lo que yo te pido—dijo, perpleja ante la absurda negativa.

—Imposible. Mi oficio es escribir, no hacer de recadero.

—¡Insolente! ¿Qué lenguaje es ése conmigo? ¡Imbécil! ¡Toma!

Y su blanca y bien cuidada mano descargóse con brutalidad contra una de las mejillas de Manuel.

El golpe fué seco, vibrante, enrojeciendo rápidamente la cara del joven, que permaneció inmóvil, lloroso, sufriendo el daño, pero sin protestar, sin querer volverse contra la mujer que idolatraba.

Camila paseaba por la habitación, lanzando injurias y denuestos contra el que se negaba a obedecerla. Pío se acercó a ella y le aconsejó:

—Esto puede causarte un serio disgusto.

Camila sonrió y volvió al lado de Manuel, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas. Le pareció absurda la actitud de ese muchacho y no adivinó las delicadezas morales en que Manuel basaba su negativa... Comprendió que el escribiente era un hombre y que jamás ninguno de ellos había permanecido impasible ante sus gracias o promesas diabólicas.

La mano que antes le pegó le acarició ahora con lentitud amorosa.

—¡Perdóname, Manuel, fuí una loca!...
¡Perdóname!

Y sus labios entreabiertos se clavaron en los de él, llenándolos de su tibio perfume



—¡Perdóname, Manuel, fuí una loca!

y de la ardorosa respiración de su cuerpo. Sintió Manuel como una descarga en todo su ser, como si algo, un río de fuego, le saturase las venas.

—¡Señora!

—Dime, ¿vas a hacer siempre lo que quiera Camila?

—Sí, sí... haré lo que usted me mande... todo lo que usted quiera...

Y enloquecido por aquel beso, corrió a la casa del torero Ramírez para entregarle a él, al rival, la carta de la amada.

Y Camila, sonriente, en un arranque de alegría, empezó a bailar y a cantar ante Pío y Jaimito, contenta de seguir manteniendo su poder femenino, el poder que rendía a los hombres, las fortunas, las conductas y... si fuera preciso... ¡hasta el honor!

* * *

Cuando, aquella noche, los dos hermanos se reunieron en su casa, Manuel no pudo menos de explicar a Esteban la entrevista que había tenido con "La Perricholi".

Y Esteban, hombre más reposado, más frío, que se daba cuenta de la ceguera en que estaba su hermano, lamentó que éste se dejara deslizar por una pendiente peligrosa.

Por primera vez, una sombra cruel oscurecía la felicidad de aquellas dos vidas ino-

centes y sencillas, que hasta entonces habían vivido juntas, sin complicaciones de ningún género, atentas sólo a su deber.

—¡Si tú vieres a esa mujer!—le decía Manuel con el fácil entusiasmo de los enamorados.

—¡Ah, querido hermano, cuán equivocado estás!... Sólo ves su cara bonita, su belleza; pero la pasión no te deja ver su alma ruín e insensible... ¿No te das cuenta que todo en ella es barro? El duque... Ramírez, tú... ¿qué sois sino juguetes de esa gran caprichosa?

—¡Esteban!

Y quedó en una especie de éxtasis, soñando en ella, en la que por primera vez le indicaba que en el mundo había una cosa que era al propio tiempo felicidad y dolor y era el sentimiento amoroso.

Aquella noche, los dos hermanos se vieron turbados por el insomnio. Manuel, pensando en Camila; Esteban, temiendo por su hermano, por la integridad moral de su conducta.

Aquella tarde, Esteban tuvo que volver a casa de la marquesa y ésta le dictó una nueva carta para su hija de España, carta

que, seguramente, al igual que las anteriores, no recibiría contestación, pues aquella hija ingrata no se acordaba de su madre.

—Has de volver mañana. Mi pobre hija sólo tiene el consuelo de mis cartas—le dijo la marquesa al despedirle.

—Volveré, señora marquesa.

—Gracias... gracias. ¡Ah!, es mi único consuelo... comunicarme con mi hija. Tú no has conocido a mi pobre Clara.. Tan bella.. tan cariñosa... ¡cómo lloraba el día que me dejó!

Se hacía la ilusión de que su hija había llorado al marchar y no recordaba la secreta alegría de la recién casada, que ya sólo vivía entonces para su caballero español.

Pepita acompañó a Esteban hasta la puerta. Resbaló el joven por uno de los escalones y ella acudió a sostenerle.

—Gracias. No fué nada—dijo fríamente aquel muchacho, a quien el amor todavía no había llamado a su alma.

Pero Pepita le vió partir y sintió que su corazón se encendía en nuevas llamas de pasión.

Corrió a su cuarto, cubrióse el rostro con las manos y lloró, lloró amargamente lo que

consideraba un pecado, lo que le apartaba de su plácido ensueño conventual.

—¡Virgen Santísima, líbrame de toda tentación!—repetía, desolada.

* * *

Manuel y Esteban cenaron frugalmente y se dispusieron a acostarse temprano.

Se hallaba ya Esteban en su lecho cuando alguien llamó muy suavemente a la puerta.

—¿Quién puede ser a esas horas?—preguntó Manuel, que rondaba aún por la habitación.

—No sé. Vete a ver—contestó Esteban.

Abrió Manuel la puerta y retrocedió aterrado e invadido al propio tiempo por una dulce emoción.

—Ella, Camila, “La Perricholi”, allí!

Esteban vió en la semipenumbra del cuarto a aquella mujer y ocultóse más y más en su lecho, situado en el fondo de la estancia, cubriéndose por entero con una manta.

—Qué querría aquella desdichada? ¿Por

qué venía a robar la tranquilidad, la vida hasta entonces noble de Manuel?

—Necesito que me escribas una carta —dijo la voz de ella, serena y dulce.

—Sí... sí... En el acto —respondió Manuel invadido de profunda turbación.

Cogió la pluma y papel y esperó a que ella le dictase.

Camila, que sabía que con sus promesas podría hacerse servir por aquel hombre en lo que fuese necesario, sin reparar en que había alguien más en aquella habitación mal alumbrada por un triste candelabro, le dijo:

—Júrame que nadie ha de saberlo de tu boca!

—Lo juro, señora!

—Gracias, Manuel. Escribe: “Querido Ramírez: Mañana por la noche le daré una larga al duque. Espérame a la salida del teatro. Tengo que hablar contigo.”

—Ya está, señora.

Camila firmó y guardó la carta.

—Gracias, querido Manuel. Y no temas que esta vez te la haga enviar. La voy a mandar por una doncella del teatro... Y muy agradecida a todo, querido.

Puso unas monedas en su mano y luego le dijo con falsa e incitante ternura:

—¿Vendrás a verme a casa, ojos negros?

—¡Oh, sí, sí!—respondió Manuel, loco de felicidad.

—Una noche te espero...

Le dió a besar su mano y salió esquiva, voluptuosa, después de haberle hecho aquella tentadora promesa que electrizaba el pensamiento y la voluntad de Manuel.

Cuando hubo desaparecido, Esteban preguntó a su hermano:

—¿Qué te decía en voz baja esa mujer?

—Nada... nada de importancia.

—Líbrate de ella, hermano... Sus acciones son diabólicas...

—No me interesa demasiado—contestó, deseoso de tranquilizar a Esteban, y aprendiendo ya a mentir para defender su pasión, él, que no lo había hecho nunca—. Esa es la última carta que le escribo. No necesito el dinero de esa mujer.

—No puedes ocultar que la quieres. ¿No te ha dado por ventura una cita?

—Estás loco, Esteban?—contestó, siguiendo su política de disimulo—. Ni la quiero ni le intereso en lo más mínimo.

—¡Ujalá!

Manuel fué a su lecho y apagó la luz.

Durante más de una hora reinó el más grande silencio... Cuando Manuel supuso que su hermano Esteban debía dormir ya pesadamente, salió furtivamente hacia la calle.

Pero Esteban no dormía. Le vió partir y lanzó un gemido de rabia y de impotencia.

—¡Pobre hermano mío!... Ya no es el de antes. Esa mujer le ha convertido en un juguete—murmuró.

* * *

Entretanto, Camila discutía en su casa con el viejo Pío.

—Camila, no verás a Ramírez mañana por la noche, después de tu función de teatro. Si el duque lo descubre, vamos a pasarlo mal.

—¿Qué te importa lo que haga?—respondió, desabrida.

—¡No seas así, Camila! Tengo ya guardado bastante dinero. Vámonos a España y allí obtendremos un gran triunfo.

—No te creas que he pasado los mejores años de mi vida sólo para ser artista, ¿te enteras? Quiero riquezas y quiero poder... y eso sólo el duque puede proporcionármelo.

—Te juegas el porvenir, todo.

—Estoy harta de que te inmiscuyas en mis asuntos.

—Porque puedo, porque debo, porque, aunque para ti ya no signifique nada, soy el único que cuida de tu hijito... y he de estar con él... ¡mala madre!

—¿Me insultas? ¿A mí?

Con sus uñas de gata rabiosa fué a arañarle; pero Pío se arrojó sobre ella y le pegó fuertemente hasta derribarla en tierra.

Después pareció arrepentirse de su impulso de genio y suplicó mirando a Camila, que en el suelo lloraba con intensidad:

—¡Oh, Camila... yo no quería hacerlo... yo!...

—¡Déjame en paz!—rugió la mujer—. Hemos terminado para siempre, ¿entiendes?

—Puesto que tú loquieres, ¡sea!

Y, yendo a la habitación contigua, donde

dormitaba Jaimito, lo envolvió en una manta y salió con él, dispuesto a alejarse con aquella criatura del lado de mujer de tan poco corazón...



—¿Me insultas? ¿A mí?

Camila no hizo el menor movimiento al ver que Pío se marchaba con su hijo... Volverían, estaba segura...

Y se levantó para ir al tocador y reparar con polvos y colorete las huellas que habían

dejado las lágrimas. Aun para irse a dormir quería permanecer siempre bella.

Luego, cenó frugalmente y se metió en cama... Estaba fatigada y no tardó en dormirse.

Media hora después despertó agitada al oír tímidos golpes en la puerta.

—¿Quién podía ser a tal hora? —Pío? Pero no; éste tenía llave.

Fatigada como estaba, no quiso contestar; mas como los golpes volvieran a repetirse, preguntó:

—¿Es Su Excelencia el duque?

Manuel, que era quien llamaba, estremeciérase al escuchar aquellas palabras. ¡Cuando él creía ser esperado por Camila, ésta pronunciaba el nombre de uno de los que habían conseguido antes ser dueños de su perfumada belleza!

No contestó, limitándose a llamar con más fuerza.

—¿Eres Ricardo? —dijo ella, pensando en otro de los amigos íntimos.

El mismo silencio y nuevo golpeteo.

—¿Ramírez?

—¡No, no!... —dijo al fin una voz celosa e indignada—. ¡Abre!... ¡Soy yo, Manuel!

Camila saltó del lecho. Recordó al escribiente y se sintió humillada de que hasta ella, amante de las gentes más célebres, quisiese llegar un mísero muchacho.

—¡Imbécil! —¿Qué se había creído? —¿Que cumpliría aquella promesa que ella le había hecho sin ánimo de cumplirla? —¡No... no!...

—No puedo recibirte... Vete.

—¡Camila, Camila! —decía, arrebatado cada vez de mayor deseo—. ¡Abre!... Tú me lo prometiste.

Furiosa porque le recordaba lo que ahora le parecía una cosa estúpida, imprudente, se levantó, abrió la puerta y, al ver a Manuel que iba a extender los brazos para estrecharla entre ellos, le dió un terrible empujón con tanta violencia, que lo echó de espaldas escalera abajo, haciendo rodar hasta llegar al último tramo.

Manuel, aturdido, oyó cómo ella le insultaba y volvía a cerrar la puerta.

Incorporóse penosamente el burlado joven. —¡Maldita!

Apenas sin poder andar, sintiéndose herido en varias partes del cuerpo, regresó a

su casa y se dejó caer gritando en el lecho.

Acudió Esteban, quien, al verle manar sangre, se estremeció.

— Hermano... hermano, ¿qué tienes?
¿Dónde has ido? ¿Por qué estás así?

— ¡Ella.. ella me ha echado!... Voy a morirme... ¡Cómo sufro!... ¡Por favor, un médico!

Marchó Esteban en busca de un doctor que cuidara las heridas de su hermano del alma. Y éste quedó revolviéndose penosamente en la cama y pronunciando aún como una letanía una palabra que le hacía estremecer quién sabe si de amor o de dolor:

— ¡Camila!... ¡Camila!...

* * *

Las noches transcurrieron y en su macabro desfile, el cerebro de Manuel perdíase en una agonía dolorosa por visiones de pesadilla.

El médico había declarado que Manuel padecía, a causa de la caída, una terrible congestión, amén de numerosas heridas que habían fracturado algunos huesos.

El pronóstico era gravísimo. No creía el doctor que el joven saliese con vida.

El delirio le hacía pasar agitadas noches. Cierta vez, a altas horas, se incorporó penosamente y quiso levantarse, diciendo:

— ¡Déjame!... ¡Voy a ver a Camila!...
¡La necesito... la quiero!

— ¡No te muevas, Manuel, por favor!
— dijo Esteban.

— ¡Déjame! ¡Maldito seas!... Tú odias a la que yo más amaba... ¡Maldito seas!...

Esteban tuvo que emplear toda su fortaleza para reducir al enfermo.

Viendo su tremenda agitación, le dijo, comprendiendo que no debía dejar morir a su hermano sin aquel consuelo que reclamaba:

— Tranquilízate, hermano, la voy a buscar...

Y ahogando las protestas de su corazón, sin otro anhelo que el de calmar la impetuositud del doliente, corrió por las calles como un loco hasta llegar a la casa donde habitaba la famosa y cruel Camila “La Perricholi”.

Llamó repetidas veces, golpeando con el puño con creciente furia... Nadie respon-

dió. Volvió a llamar y entonces una voz de mujer dijo:

—¡Vete! ¡Déjame en paz!

—¡Por favor, venga conmigo! ¡Mi hermano Manuel está agonizando y quiere verla antes de morir!

—¿Qué me importa?—respondió la voz de Camila—. ¿Puedo yo remediarlo?

—¡Ah, maldita! ¡Dios tiene que castigar tu maldad!... Yo abriré esa puerta... y te echaré de ese lecho...

Con toda la impetuosidad de sus brazos vigorosos, de su cuerpo robusto, empujó más y más hasta que la cerradura cedió...

Entró Esteban violentamente hasta llegar junto al lecho donde estaba un cuerpo de mujer: Camila:

Pero dió un grito de espanto y retrocedió aterrado, lívido, mirando a aquella bailarina, por la que tantos hombres habían suspirado de amor.

¡Qué horror!... Camila tenía el rostro completamente lleno de granos negros, repugnantes...

—¡Ah!—dijo aterrado—. ¡La viruela negra!

Camila extendió hacia él su mano y sus

ojos, rojos de fiebre, parecieron devorarle con odio.

Pero Esteban huyó, salió velozmente de aquella casa donde la mano de Dios se había dejado sentir, justiciera e implacable, contra la mujer que fué dechado de perversidad.

¡La viruela negra! Es decir, la muerte, o, cuando menos, la eterna desaparición de aquella belleza que había causado tantos estragos. ¡Triste belleza material, que sólo es polvo!

Enloquecido, Esteban volvió a su hogar, donde encontró a su hermano más tranquilo que antes.

—Camila siente no poder venir—le dijo, excusándola y sin querer confesarle la terrible verdad—. Se halla ensayando.

Manuel abrió los ojos y le respondió con voz agonizante:

—¡Déjala! ¡Que no venga nunca! ¡No quiero verla, hermano!

Durante el rato que Esteban había permanecido ausente, por el alma de Manuel había pasado el resplandor de la verdad. Dióse cuenta de lo malvada que era aquella mujer y recordó el número de sus amantes.

Ahora, sintiéndose morir por su culpa, la aborreció con toda el alma.

—¡Manuel... Manuel! — dijo Esteban, sintiéndose invadido de la misma paz— Entonces, ¿por qué me has maldecido antes?

—Dame el crucifijo — respondió el enfermo.

Esteban lo puso en sus manos y Manuel dijo, solemnemente, besando la imagen de Cristo:

—¡Juro que jamás he querido maldecirte, hermano mío!...

—¡Manuel!

—Ahora jura que me crees!

—Te creo, Manuel, hermanito bueno... pero tú no morirás... necesito tu compañía, tu ayuda...

El moribundo dejó caer su cabeza sobre el almohadón y dijo:

—Esteban, todo es inútil... ya no te veo... ¡Abrázame! ¡Qué sombra me rodea... her... ma... no!

Quedó inmóvil, la boca entreabierta, los ojos fijos en un punto lejano. Su alma había volado hacia la eternidad... Y Esteban lloró

amargamente, besando a su pobre hermano víctima del mal amor.

* * *

Pepita, la novicia, tentada por el mundo, volvía de sus ensueños gracias al refugio de la fe.

Comprendiendo que Esteban no se había fijado siquiera en que ella pudiera hacer traición a sus hábitos monjiles, se avergonzó de la pasión que durante algún tiempo alimentó su alma y se hizo el firme e inquebrantable propósito de volver otra vez a su convento.

—Señora, tengo que volver con las monjas—dijo un día a la marquesa—. Tengo que prepararme para mi próxima profesión.

—¡También tú... también tú me abandonas!

—Señora... He de profesar.

Entró una doncella, entregando una carta a la señora marquesa.

—Léela!—dijo la dama a Pepita.

Esta la abrió y dijo:

—Es una carta de su hija, señora!

—¿De mi hija? ¡Que Dios la bendiga!
Pepita leyó:

Mi querida madre: Cada día amo más a España y me encuentro mejor en este país... Dentro de unos meses nacerá mi primer hijito...

—¡Mi hija y mi nieta van a necesitarnos! —interrumpió la marquesa, iluminada de alegría.

Pepita prosiguió su lectura:

...dentro de unos meses nacerá mi primer hijito y no desearía que viniese usted a España. No quiero que mi hijo tenga una niñez tan árida y tan triste como la mía.

La marquesa no había fijado su atención en aquel terrible “no desearía que usted viniese”.

Sólo pensaba en el nietecito que iba a nacer y en la alegría de poder volver a ver a Clara idolatrada.

—Es preciso que embarque para España. He de cuidar de mi hija—dijo.

—Pero ella dice, señora, que no desea su llegada.

—¡No puede ser, no puede ser! Tengo que ir inmediatamente. Mañana sale el bar-

co del capitán Alvarado. Que preparen mi equipaje en seguida.

En vano intentó disuadirla; la dama quiso marchar a España. Pepita se negó a acompañarla, pues su alma atormentada por la pasión entre el amor profano y el religioso, necesitaba de la paz conventual.

Entretanto, Pío, el bondadoso amigo de Camila, “La Perricholi”, había ido a casa de la bailarina.

Horrorizóse al verla en la cama, cuidada por una enfermera, y con el rostro manchado por la terrible enfermedad.

—¡Déjame cuidarte, Camila! Es todo cuánto te pido—dijo aquel pobre hombre.

—¡No necesito tu piedad! ¡Vete!... ¡Soy una condenada!—rugió la mujer.

—Entonces, déjame que me quede definitivamente con Jaime. Con él tendré un recuerdo tuyo—suplicó.

—Quédatelo siquieres para siempre y no vuelvas por mi lado—exclamó la bailarina, moviendo su trágico rostro.

Aun volvió él a suplicar le permitiera estar a su cuidado, pero la mujer le llenó de injurias y el pobre viejo abandonó aquella casa maldita.

Sí, cogería al pequeñín y marcharía del Perú, lejos de aquella madre desnaturalizada y cruel.

Y volvió al cuarto provisional que había alquilado y donde Jaime, bien ajeno a las infamias de su madre, reposaba con plácidez.

* * *

A oídos del capitán Alvarado, viejo marino muy conocido en el Perú, llegó lo que todos decían: que Esteban, medio enloquecido, vagaba por las calles hablando a las estrellas.

Compadecido de ese muchacho, al que le había unido una buena amistad, fué a encontrarle en una de las plazas de Lima.

—A ser hombre, muchacho, a no dejarse amilanar por la adversidad... Mi barco sale mañana y necesito hombres fuertes como tú.

—No, no quiero partir...

—Verás nuevas tierras, nuevas caras... Anímate... Habrá mucho trabajo... y poco tiempo para pensar.

—¿Poco tiempo para pensar? — respondió con loca desesperación—. Bien, iré

Echaron a andar hacia la casa del escribiente. Esteban rogó al capitán aguardase unos instantes. Iba a buscar unos documentos y le acompañaría un rato.

Esperó el capitán en la escalera mientras el joven se encaminaba a su pisito.

Entró Esteban en él y, al verlo vacío—acababan de enterrar a su hermano aquella mañana—sufrió un nuevo acceso de desesperación. No, no quería sobrevivir a su hermano. Habían estado tan unidos, que lo necesitaba... y sin él... prefería morir.

Y rápidamente puso en ejecución su plan. Colgó una cuerda de una de las vigas del techo, subióse a una silla, se aplicó un nudo corredizo a la garganta y suspendióse en el espacio...

La silla cayó al suelo, tumbando a su vez varios objetos...

Desde la escalera oyó el capitán Alvarado aquel ruido y, temiendo hubiera podido ocurrir alguna desgracia a su desamparado amigo, subió velozmente al piso, encontrando colgado a Esteban.

Con un cuchillo cortó rápidamente la cuerda, le deshizo el nudo del cuello y procuró hacerle respirar...

Por fortuna, la asfixia no había llegado a su punto fatal, y Esteban vivía...

—¡Muchacho, qué locura!... ¿Por qué quieres la muerte? No... no...

Con voz amargada, respondió Esteban.

—¿Por qué no me ha dejado morir?

—Hay que hacer frente a la vida, muchacho. No ser cobarde. ¿Me prometes respetar tu vida?

Vaciló, pero acabó por decir:

—Bien, sea; mañana saldremos para España. Le prometo no atentar contra mí.

Alvarado le invitó a ir al mesón. No se fiaba de dejarlo solo.

Y llegó el día siguiente... que era el de San Luis... Y el destino reunió a cinco personas sobre el puente de San Luis Rev.

—Tengo que vigilar el cargamento—dijo el capitán Alvarado a Esteban—. Cruza el puente y espérame al otro lado.

Esteban comenzó a avanzar por el largo puente colgante. Detrás de él, siguió Pío con el niño en brazos. Pío que pensaba regresar a España, y a algunos pasos de distancia, la marquesa de Montemayor en compañía de Pepita a la que iba a llevar al convento de las afueras antes de embarcarse.

Nadie más atravesó en aquel momento el puente. Y he aquí que cuando las cinco personas se hallaban en mitad de él, cedió el arnazon, rompiéndose las cuerdas, y el puente se vino abajo, al pavoroso abismo, arrastrando en la caída a aquellos cinco seres que encontraron en el fondo una instantánea muerte.

Y fué entonces cuando las gentes de Lima dieron el grito de espanto:

—¡Se ha caído el puente de San Luis! ¡Que Dios nos proteja!

* * *

El padre Junípero, que había narrado la anterior historia, se detuvo un momento, paseó su mirada por los fieles que le habían escuchado con aterrador silencio y luego continuó:

—Ya veis, hijos míos, cómo Dios, en su infinita sabiduría, quiso llevarse a esas cinco almas que sufrían por la injusticia de los hombres. Un niño sin nombre. Un joven dolorido, sin esperanzas. Una vieja, abrumada por la ingratitud de su hija, una vieja a quien todos sus defectos podían serle

perdonados porque los producía el egoísmo del amor. Un anciano que era objeto de burlas y desprecios de la mujer a la que había hecho triunfar. Una muchacha con la fe medio vacilante, casi perdida, con el corazón roto por un amor terreno que no tuvo correspondencia.

"¿Comprendéis el dolor de esas cinco vidas sin objeto? ¿Qué les importaba ya todo? Esos cinco seres amaron y sufrieron sin esperanza... Y Dios misericordioso, lleno de bondad, tuvo a bien segar sus vidas... tal vez para darles, si ellas tuvieron un instante de arrepentimiento de los errores que hubieran podido cometer, la gloria infinita del cielo.

"En cambio, a la mujer, a Camila, la dejó vivir, con su horrible fealdad, con la espantosa faz mordida por la viruela, la dejó vivir para que aprendiese a llorar y a sufrir, que es el único camino de redención.

"Dios es justo, Dios es grande, hijos míos. Dios siempre realiza todas las obras hacia una mira elevada... Y ya veis cómo me explico yo el hundimiento del puente de San Luis Rey... Y ahora levantémonos

todos y alcemos a Nuestro Señor el himno de nuestra fe permanente.

"¡Hermanos... hermanos míos! ¡A cantar!"

Tedeum Laudamus...

Y el pueblo, tranquilizado, convencido por la elocuencia y la sinceridad del orador, cantó el himno magnífico en honor a Dios...

FIN

Ha sido revisado por la censura

¡Otro éxito!

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Cafios, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

Hoy:

¡Acontecimiento!

El pan nuestro de cada día

por Charles Farrell y Mary Duncan

Precio: 1 peseta

E. B.